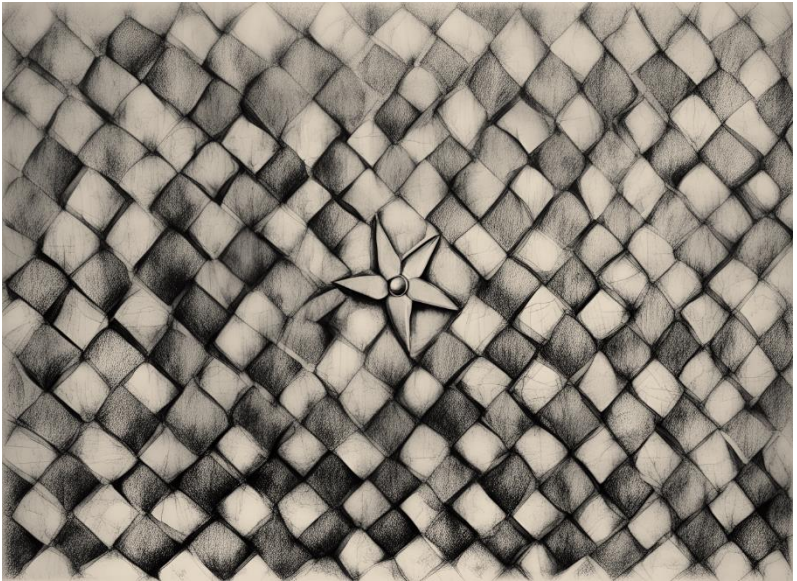


RAFAEL FOMBELLIDA

DEVAGAR

PRÓLOGO ÁLVARO VALVERDE

ILUSTRACIONES ÁLVARO FOMBELLIDA



CUADERNOS DE HUMO CUARENTA Y DOS

© Editorial Cuadernos de Humo XLII

Primera edición: octubre 2024

© De los poemas: Rafael Fombellida

© Del prólogo: Álvaro Valverde

© De las ilustraciones: Álvaro Fombellida

Coordinan: Hilario Barrero, Jesús Nariño, Luis P. Suárez

Hecho e impreso en USA

34 Plaza St. 604

Brooklyn, NY 11238.

UN VIAJE PORTUGUÉS

ÁLVARO VALVERDE

Devagar ha titulado sugerentemente Rafael Fombellida, uno de los más conspicuos poetas de su generación, estas «hojas portuguesas» —como él las designa con modestia— escritas entre 1989 y 1992, que se sitúan, claro, en Portugal; una de las patrias, no me cabe duda, de la mejor poesía universal. En lo contemporáneo, bastaría citar el nombre del poeta alentejano Eugénio de Andrade, autor de la cita que ha elegido para abrir el cuaderno: *...acaricia, ilumina / a terra...*

A quien dijo: «Mi casa en la poesía», «un hogar propio», y que «la verdadera poesía supone la construcción de un mundo inédito», no habría de resultarle complicado abordar, desde el cosmopolitismo, esa genuina mirada que, a mi modo de leer, identifica estos poemas.

En realidad, se trata de un diario. De un viaje, de sur a norte, por el país vecino. No meramente descriptivo ni al uso, conviene precisar. Por fuera y por dentro, porque es, al mismo tiempo, un viaje al interior de sí mismo (léase «Setúbal»).

Empieza en el simbólico Cabo de San Vicente. Para Estrabón, el punto más occidental «de todo el mundo habitado». Desde el principio el mar es una presencia ineludible. Normal si tenemos en cuenta la procedencia geográfica del autor. La mar y, añadido de inmediato, el amor. No es este un viaje en solitario, sino en compañía de una mujer. Esa circunstancia da lugar a una serie de poemas —una breve historia amorosa— donde el cuerpo (el de él y el de ella) cobran protagonismo, envueltos en una atmósfera de erótica, sutil sentimentalidad. Basta con leer «Cabanias Velhas». En ellos, lo feliz (*Calor en tus detalles, bien amada*) y su revés (*Mentir era un oficio entre nosotros*).

El tono es meditativo. De esa melancolía tan genuinamente portuguesa que nos transmite la intraducible palabra *saudade*. Cada verso está impregnado de esa singular forma de ser y de estar característica, o eso se presume, del carácter lusitano. Una filosofía.

Porque quien escribe es el que es, el cuidado del lenguaje es esencial. Sin tildarlo de barroco, Fombellida es un poeta que juega con su densidad y con su hondura y sabe hacer uso de numerosos recursos del *juego* literario sin caer, eso sí, en lo retórico. La precisión se impone. Esos, pongamos, *juegos* le permiten recurrir también a la cultura, sobre todo a la literaria, aunque no falten otras, como la cinematográfica. Así, en «Leyendo Lisboa desde la pensão “Prata”», está *En la ciudad blanca* de Alain Tanner, el film interpretado por Bruno Ganz.

*Eso es leer, pensé,
leer un cuerpo ajeno lo mismo que una carta
o el callejero urbano.*

Cuesta, llegados a este punto, no recordar el primer verso de «Cosas que no soporto en un poema», de Miguel d’Órs: *Que suceda en Lisboa*. Sin embargo, ¿hay algo más poético que esa ciudad? Y allí, al fondo, Pessoa (o Álvaro de Campos), su poema «*Lisbon Revisited*»:

*Y otra vez vuelvo a verte, Lisboa y Tajo y todo,
porque salgo a leer tu cuerpo de ciudad.*

«Mensajes desde Graça» (en referencia al monumental barrio lisboeta) es un imponente poema, paradigmático del modo de decir de Fombellida. Como,

pongo por caso, «Mar de Furadouro», donde la energía atlántica (quien la probó lo sabe) se une al potente ritmo de la composición.

No falta un encuentro con Miguel Torga, aun sin nominarlo. En Coímbra, donde ejerció como médico con su verdadero nombre: Adolfo Correia da Rocha. Por medio del monólogo dramático, lo imagina hablando consigo mismo el 3 de diciembre de 1935, día en que murió el autor de *Mensagem*.

*En esta habitación siempre he pensado
—entre piedad y ánimos a los pacientes pobres—
que la vida era vida para ser escritura.*

[...]

La vida pasa al margen, y fingimos vivirla.

[...]

*Allá de Santa Clara, donde los chopos negros,
he llorado la muerte de Fernando Pessoa,
capaz, desconocido, vasto, ingente,
inventor de sí mismo y de nosotros mismos.*

«Porto», la ciudad donde vivió Andrade, una de las más mundanas de Portugal, le da pie a componer uno de los mejores poemas del conjunto en forma de enumeración caótica. Cada verso, una frase que define a la perfección ese lugar.

Rente ao dizer fue uno de los libros de Andrade y así titula Fombellida el poema que cierra el volumen. Incluye el verso (en su lengua original): *Nunca estive tão só*, que pertenece, a su vez, a «Último poema», donde el poeta portugués dialoga con la muerte en el momento en que decide dejar de escribir para siempre.

En «Vilanova de Cerveira», ya en la frontera gallega, leemos: *Recorrimos kilómetros, / pasaron días, fechas que he olvidado*. En rigor, no. Quedan, para él y para el lector, en la memoria perenne que esta bella poética suscita por medio de palabras trascendentes.

Plasencia, verano de 2024.

DEVAGAR
(Hojas portuguesas)
1989-1992

*...acaricia, ilumina
a terra...*

EUGÉNIO DE ANDRADE

MEDIANOCHE DEL CABO

Miras la mar a tientas,
removido rumor,
después de haber hurtado
su incandescencia al día.

El aire es solo aliento
de mujer acostada,
el faro es una uña
de luz acompasándose.

La vida del abismo
se afila en cortaduras
que no ves, pero clavan
su labio entre los tuyos.

Sometes la cabeza
con cuerda enajenada,
los ojos desvelando
signos que parpadean

en el cielo invisible.
Tu sombra te desnuda,
podrás dormir conmigo,
la confusión traerá

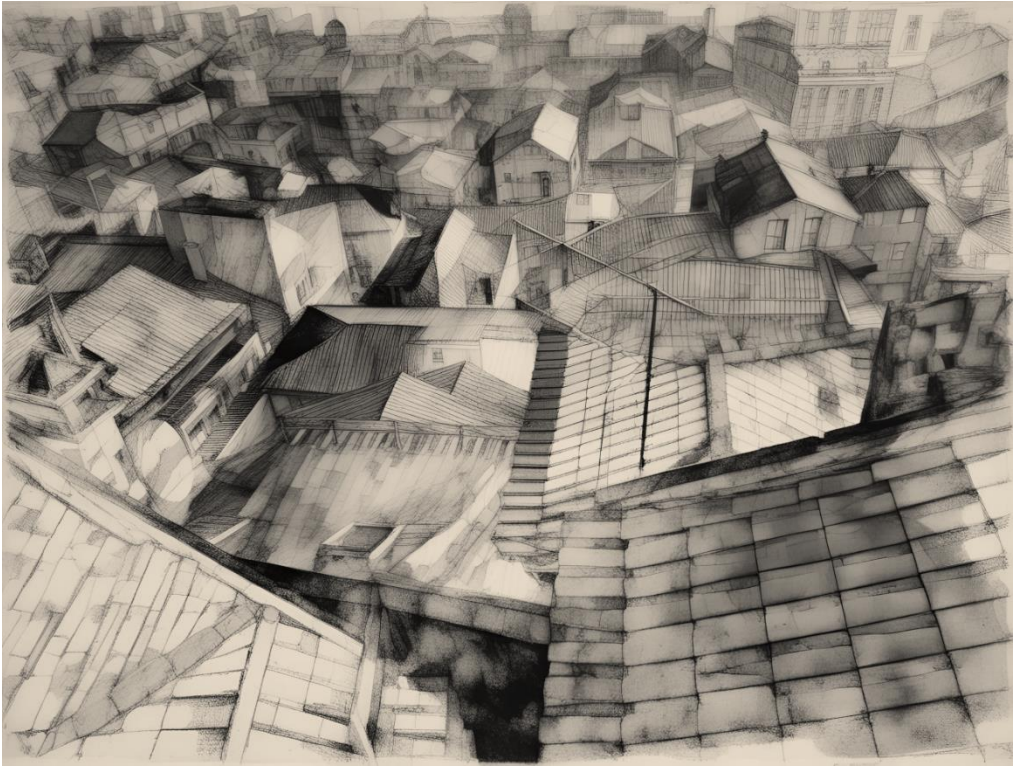
vivos peces al alba.
Con insistencia el mar
(clamor contra clamor)
hace roca de ti.

CABANAS VELHAS

Calor confidencial bajo la aurora.
Calor entre las líneas
de un vestido cerrado como abrazo de cuero.
Calor en tus tendones inguinales
penetrando los filtros resecos de la piel.
Calor cuanto más déspota sea el cielo,
calor sobre tus células aéreas,
calor entrometido bajo el arco
de tus axilas rubias.
Calor a dentelladas, calor a contrasombra,
calor en los teatros, en la pequeña luna
tatuada en tu muñeca.
Calor, calor vacío en el pulmón,
la flor desvergonzada y los tobillos.
Calor que se recuesta como un dátil
en la cuenca lustral del paladar.
Calor de perseguido
y encontrado en la noche.
Calor en tus detalles, bien amada.

SETÚBAL

Ladrón y sigiloso, entras al baño.
Vas a hurtarte a ti mismo, a tu sustancia.
Ella descansa envuelta en su conformidad.
El viaje ha sido largo desde el sur.
Calor y demasiado alumbramiento.
Te ves en el azogue. No eres ningún despojo.
Tu figura es pacífica, vagamente corriente.
No necesita aún el respeto de nadie.
Puede ser maltratada, puede tu propia mano.
Tu imagen no es teórica, apunta a la carencia.
Tendrá su declinar, igual que el día de hoy.
La acaricias honesto y honesta se te ofrece.
La despiertas, excitas con imprudente asedio.
El sol da en el espejo y un contraluz la oculta.
El contorno no es tuyo, sino un volumen neutro.
Cabría ser cualquiera perfecto en su anonimia.
Privado de tutela, se dejaría hacer.
En un cuarto de hotel te aventuras contigo.
Después te aseas, lavas tu suciedad secreta.
Ya te has apaciguado. La inocencia te abraza.
Cuerpo que, sabio y solo, te protege de ti.



LEYENDO LISBOA DESDE LA *PENSÃO* «PRATA»

Hay tres dedos, decía Bruno Ganz en la película,
entre el sexo y el ano de una mujer. Compruebo
que, más o menos, es la distancia correcta.
Tres dedos, insistía, mostrándolos con mucha
convicción, y no sé qué objetivo,
a Teresa Madruga. Eso es leer, pensé,
leer un cuerpo ajeno lo mismo que una carta
o el callejero urbano. El tendón de la ingle
tirante como el cable de acero de un viaducto,
las líneas de la mano,
ambiguas como el nudo de un poema.
Leer en un recodo la arruga en la rodilla,
en las interminables *escadinhas*
el descenso al infierno del onceavo canto.
Estudio en tu figura esta metrópoli,
el tren de cremallera de un vestido,
sus colinas y fosos,
los cálidos y planos, tersos *largos*.
Desde una *ruela* a otra no hay tres dedos,
hay una integridad a escala real.
Mientras vago en tu espalda la Praça do Comércio
entra un roto de sol por la contraventana,
la cretona se agita igual que un estandarte.
Y otra vez vuelvo a verte, Lisboa y Tajo y todo,
porque salgo a leer tu cuerpo de ciudad.

MENSAJES DESDE GRACA

Retorno a este lugar donde los dioses
adolecen de peso. Donde la nitidez
es una lengua muerta, una ilusión quedándose
dormida como un niño. Qué próximo lo tengo
y, sin embargo, qué engañoso es
el rostro de lo anónimo. En una rúa oblicua
finjo habitar, concibo un personaje
que atraviesa el portón de madrugada
y alcanza despacioso la escalera.
Dice *boa noite* al trazo del espejo
y en su cuarto se encierra musitando
la balada del río, canción que se escabulle
exhausta y arrastrándose.
Sobre la noche, noche. Profunda y alta noche.
Te escribo en la hora máxima,
momento en que las fuentes fluyen lentas,
hora en que las mujeres ignoran el trastorno
del amor, y los patios exudan pesadumbre.
Hay una iglesia abierta y claroscuro
enfrente de esta casa. El cadáver emerge
de entre una titubeante luz de vela.
Escucharé plañir hasta el amanecer.
Amparan mi vigilia esos lamentos.
Gobiernan pulso y signos
cuando en el mundo pulso y signos cesan.
Doy gracias a ese lloro suplicante.
Si esta noche no hubiera de apagarse
no existiría para mí otro día
ni podría creer que sigo siendo nadie.

COIMBRA, 3 DE DICIEMBRE DE 1935

Adolfo Correia da Rocha, médico.

Escribo a la luz mortal de este silencio
con qué sordo desprecio pasa el mundo.
Con qué velocidad indetenible.
Las cosas tienen proliferación,
descrédito, agonía. En el papel,
tras los cristales de los automóviles,
en el ruidoso *largo* y el balsámico río
o en playas elongadas sin huella ni presencia.
Las cosas mueren a diario
igual que muere el cuerpo.
En esta habitación siempre he pensado
—entre piedad y ánimos a los pacientes pobres—
que la vida era vida para ser escritura.
En qué estúpida hora lo diría.
La vida pasa al margen, y fingimos vivirla.
Pero echa sus dados y al azar nos expulsa.
Allá de Santa Clara, donde los chopos negros,
he llorado la muerte de Fernando Pessoa,
capaz, desconocido, vasto, ingente,
inventor de sí mismo y de nosotros mismos.
Ahora me desnudo en estas letras
que escribo en su ataúd, su madriguera.
Y me siento a mirar el *largo* ya vacío
en la noche sin él, que es noche sin su Todo.



MAR DE FURADOURO

Mar nevado de luz,
en tu caliente cuenca
tornea el cuerpo que se enlaza a ti,
cerca su tirantez, su blanco helor,
y frótale la médula dormida.

Haz hueco en tu vestíbulo a su ápice,
unta el nardo con yodo,
lame el rosado alfil madrugador.
Enchárcalo con frutos
macerados despacio en tu garganta.

Bolsa de sal cuajada en el relente,
combátelo sin más, pues se te entrega
con la docilidad de un buen doméstico.

Bébetelo su pulmón, agótalo.
Y en tu serenidad sea contigo.

VILANOVA DE CERVEIRA

Parecían de piedra aquellos rostros,
o de dura madera de carballo.
De alga roja sus boinas y chaquetas.

Pisamos aquel castro, hollamos con las suelas
el hueco de una tumba antropomorfa.
No quedaba ni brizna de lo que fuera un rostro
de piedra o de madera de carballo.

Hincamos nuestro pie haciendo fuerza,
por si a alguno dolía el más allá.
Rompiste tu tacón sobre la laja.
Tuviste miedo entonces, mas no lo confesaste.
Mentir era un oficio entre nosotros.

Si el cuerpo abandonaba aquellas oquedades,
también nuestro futuro sería aire.

Recorrimos kilómetros,
pasaron días, fechas que he olvidado.
Tenía la cabeza en otro pensamiento.

PORTO

Refresca al sol el río desde el puente de hierro.
Y el sol se lo agradece con un ligero ardor.
De miradores altos hay rostros que se apartan.
Alguien sube a una torre y piensa en arrojarse.
Una mujer lisiada se sienta en el *Majestic*.
Cabecea a un costado el *rabelo* «Valente».
En el aire, la red de un tranvía incorpóreo.
Gente que espata y bebe apretando sus huesos.
De cuando en cuando un niño nos solicita algo.
De antiguas fotos sepia cuelgan los constructores.
Las fachadas exhiben corbatas en salmuera.
Alguna plaza enfosca su claridad mortal.
Un águila prestigia la cornisa del cine.
La incisión de un reactor raya de cal el cielo.
El ruido, el humo, el claxon, la cháchara, el gasóleo.
El *Jornal de Notícias* en la silla de fieltro.
Un ala de gaviota rasga los techos bajos.
Raparigas seguras, altivas, jubilosas.

Mi lengua son recuerdos de una rúa portuense.
Tanto quanto me lembro, esta é a primeira vez.



RENTE AO DIZER

La muerte está en el claro ventanal.
Viene a jugar conmigo su partida.
Me descubre dispuesto, calmo y solo.
Nunca estive tão só. Puedes pasar.
He renunciado a toda compañía
menos a ti, a tu embozo, negra dama.
Me encuentras escribiendo. Ya era hora
de abandonar mi oficio. Agradecido.
Estos restos de vida alrededor
son poca cosa, discreción, sigilo,
prudencia. Es esa la fortuna
de que dispongo. Nada nuevo traes
sino un silencio superior al mío.
Estou sozinho. Esta biblioteca
será el osario del placer
que recogí, pasión, amor, océano,
paganismo, un siamés, niños y frutos.
Haz tu trabajo, yo habré de seguirte.
Cuanto fui y jamás fui va separándose
de aquello que seré, que no seré.
No debes demorarte. Ampara ya
mi desengaño con tu compasión.



NOTA A LA EDICIÓN

Los poemas que componen este pequeño cuaderno portugués, el cual he reunido bajo el título *Devagar*, fueron escritos entre los años 1989 y 1992 y, por causas que ya están en el olvido, no se editaron a su debido tiempo (bueno, alguno sí) o no me convencieron lo suficiente como para concederles la impresión. Aparecieron por primera vez en mi colectánea poética *Dominio* (Renacimiento, Sevilla, 2016) y, años más tarde, en un librito secreto y no venal rotulado *Istmo* (Claro Decir, Valladolid, 2022), volvieron a juntarse. Es ahora, gracias a la generosidad del poeta Hilario Barrero y de sus bruklinianos *Cuadernos de Humo*, que vuelven a ver la prensa en la orilla enfrentada del Atlántico. Entre Oporto y Nueva York, navegaciones, rutas, pasillos aéreos.

Debo también gratitud a mi admirado amigo el poeta Álvaro Valverde. Él, con sutileza, inteligencia y sensibilidad, ha viajado del sur al norte de estos versos. Gran experto en materia lusa, me aventajará en cualquier circunstancia a ella vinculada. Sus certeros comentarios me ahorran explicar las incidencias, tantas veces banales, de las composiciones. ¿Cuántos poemas no se habrán escrito a partir de un paisaje que regaló el azar, un libro hallado en la mesilla de noche de un hotel, aquella película que vimos al regreso de un viaje, y en la cual, la ciudad que visitamos reapareció transfigurada a nuestros ojos? Quizá no tan banales incidentes; me desdigo.

Un último agradecimiento a Álvaro Fombellida. Con sus habilidades gráficas es artífice de las ilustraciones que tachonan este cuaderno. Incluida aquella, llegada de muy lejos, en la cual mi figura

recienascada ha venido a asombrar a estas pupilas contritas de memoria.

En aquellos años de su escritura, uno (el *uno* barojiano, que me place emplear) militaba con pasión en el que un escritor coterráneo de mi querido Álvaro, Antonio Sáez Delgado, bautizó como Club Portugal. Me afilié como socio a ese gran organismo, y fueron mis padrinos Álvaro de Campos, Eugênio de Andrade, Miguel Torga, Ricardo Reis, Bernardo Soares, extensión oceánica, idioma, ciertos modos de *ontem*, la brisa un punto bárbara en las playas, una discreta elegancia, un educado silencio. Nunca me di de baja, aunque el mundo, ancho y, sobre todo, ajeno, invitara a calzar botas de más luengas leguas.

Los nativos de mi ciudad, Torrelavega, recibimos, a mitad de camino entre la simpatía y la sorna, el apelativo de *portugueses*. Más acá de las leyendas (en verdad, solo los colores de nuestras respectivas enseñas nos hacen coincidir) a uno siempre le ha gustado esa significación. Ser *portugués* aquí, ser diferente, orgulloso de un origen; cruzar el cauce por el peor vado, navegar de ceñida, andar la propia órbita, como dijo algún día el Andaluz Universal. Hablar poco y obrar. De aquel portuguesismo, estos poemas que la bondad de los amigos reflota. En unos días regresaré a Oporto. Allí, una ciudad coloreada a la acuarela, y la *foz* de ese río que, *muito devagar*, resbala hacia el océano. Ríos que dan al mar, que es el... comienzo de quién sabe qué aventura.

Dedicado a mi hijo Álvaro y a Marisa, su madre. A Hilario y Álvaro por su amistad.

R.F.



Rafael Fombellida (Torrelavega, 1959). Reunió media docena de libros de poesía en el volumen *Dominio. Poesía 1989-2014* (Renacimiento, Sevilla, 2016). Aparte de ellos ha publicado el cuaderno de haikus *Montaña roja* (2008), el dietario *Isla Decepción* (2010), las antologías poéticas *La propia voz. Poemas escogidos* (2006) y *Mi lado izquierdo. Antología poética 1989-2019* (2021), el libro de artista *Sex(t) sentido* (2014), y un buen número de *plaquettes* y cuadernos breves o no venales. En la actualidad tiene en preparación el libro de artículos literarios *Lector de medianoche*.

TÍTULOS PUBLICADOS 1.- AGUA Y HUMO. Siete dibujos de Pelayo Ortega, Poemas de HB. 2.- TWO HUNDRED DOVES, Hilario Barrero. II.- MES SEMBLABLES, MES FRÈRE, Francisco Álvarez Velasco. 3.- MIRADOR, Marcos Maticana Martín. 4.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 1. 5.- DE PROSPECT PARK A ZOCODOVER, Hilario Barrero. 6.- LA VIDA EN UN INSTANTE, Herme G. Donis. Prólogo de José Luis Morante. 7.- ARRAS (Separata -a), HB. 8.- VIEJO MANUAL DE UN TUAREG, Gonzalo Almenara. Prólogo de Juan Ignacio de Mesa. 9.- CUENTOS DIMINUTOS, José Luis Morante. 10.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 2. 11.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 3. 12.- DE LAS RAMBLAS A BROOKLYN, HB. 13.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 4. 14.- CARRUSEL NAPOLITANO, José Muñoz Millanes. 15.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 5. 16.- SHIVA DE VARIA ERECCIÓN, Marcos Maticana Martín. 17.- EN EL ABISMO DEL OLVIDO, Antonio Cruz Romero. 18.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 6. 19.- TIEMPO COMPARTIDO, Ángel Ballesteros. 20.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 7. 21.- HOMENAJE A ELÍAS L. RIVERS, José Muñoz Millanes. 22.- ÁMSTERDAM ES UNA CIUDAD MALDITA, Antonio Cruz Romero. 23.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 8. 24.- NI LO UNO NI LO OTRO, José Luis García Martín. 25.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 9. 26.- MUDANZA Y VUELO (A DOS VOCES), Alfredo J. Ramos y Antonio del Camino. 27.- ADMIRACIONES, Marta Pesarrodon. 28.- DOS POETAS TRIESTINOS: GIOTTI y SABA. 29.- LA ÚLTIMA LUZ DE ROMA, Antonio Manilla. 30.- ALREDEDORES DE JLG.M. 31.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 10. 32.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 11. 33.- ESTE TIEMPO NUESTRO, Juan Francisco Quevedo. 34.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 12. 35.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 13. 36.- POETAS DE LA TERTULIA OLIVER. 37.- FLORES EN EL GANGES, Pilar Aranda. 38.- DONDE ESTA EL FUEGO 14. 39-40.- DE BROOKLYN A ISLA NEGRA, Antología de poesía malagueña contemporánea, Javier La Beira. 41.- DONDE ESTÁ EL FUEGO 15.

De Devagar

se ha hecho una tirada de cincuenta ejemplares.

Siete de octubre de 2024.

